

moles, y los colegios de sacerdotes elevando la persona y el nombre de los reyes á las alturas donde se hallan los dioses y ciñéndoles coronas de luminosísimas estrellas; en una palabra, todo cuanto la reacción hacia el cesarismo, la reacción hacia el paganismo, la reacción hacia la materia, la reacción hacia la fuerza, la reacción hacia la esclavitud, podía ofrecer al joven y santo Redentor venido para destruir y soterrar todos esos monstruos.

XX

Durante la predicación de Jesús le acompaña muy poco María. Leed los Evangelios, y apenas encontraréis junto al Salvador su divina Madre. Las bodas gozosísimas de Caná; la interrupción de las arengas pronunciadas por Cristo en la hora de fundar su apostolado; el célebre monte, que se denominaba de los *Temblores* á causa del terror sentido por María cuando los fariseos trataron de arrojar y despeñar al hijo de sus entrañas; estos y otros pocos recuerdos van unidos en la historia evangélica de Jesús al nombre de su madre. Pero María, digan cuanto quieran los escritores ortodoxos, más píos que críticos, María no asiste al bautizo de Jesús en el Jordán, y mucho menos asiste á la transformación maravillosa en el Tabor. Esta montaña,

que se desprende un poco de las cordilleras galileas, en su forma de aislado cono parece como un pedestal dispuesto á la transfiguración. Nada tan hermoso como un monte meridional. Aunque áridos, el rebote de los resplandores diurnos en sus aristas y el aroma de las plantas leñosas y secas en sus faldas, ofrecen á los ojos y á los olfatos embriagueces de aromas y de luz. La mezcla del haya con la encina, de los algarrobos con los robles, del suave lentisco y olorosísima salvia con el tomillo y el cantueso, de la flor del romero con la flor del mardoño, dan al aire una especie de voluptuosidad que se comunica fácilmente á la sangre, y de la sangre se precipita en el corazón, y del corazón asciende á la cabeza y á la mente, sugiriéndoos plástica poesía. El Tabor pertenece á las montañas calizas, y á pesar de su carácter y de sus orígenes, relativamente modernos, reviste la forma de un viejo volcán extinto. En este cráter, donde la resplandeciente luz asiática rebota con fulgores indecibles, el Salvador se transfiguró, presentando á sus discípulos, en una especie de transporte divino, todo el aspecto sobrenatural del sér sobrehumano suyo. No puede, no, hablarse de todo esto sin recordar el cuadro magnífico de aquel pintor, quien, á manera de lo que Fidias hizo con el paganismo, hale dado á la historia una religión cristiana de

puro carácter estético. Aquel monte, natural en su parte de abajo y sobrenatural en su parte de arriba; la diferencia entre los grupos admitidos á ver de lejos la transfiguración, que parecen disputar sobre su realidad, y los grupos admitidos á mirarla de cerca, quienes parecen cegados por el éter de aquella idealidad y tendidos en el suelo bajo la pesadumbre de tanta grandeza; los dos extáticos ángeles, puestos á la sombra de un árbol sacro como para preservarse del éter espiritual, cuya intensidad puede abrasarlos y consumirlos; el boquete abierto de gloria en la cima, iluminado con rayos, tan deslumbradores, todos ellos rotos en celestiales condensaciones del aire azul celeste; los dos viejos profetas, volando sin alas, sustentados en el espacio por místicas atracciones, fuera de la gravedad natural, menos atónitos y menos extrañados que los apóstoles, y, sin embargo, en una contemplación extática, no tan sublime ciertamente como la representada por el Cristo Redentor transfigurado, quien, perfecto en su varonil belleza, con los brazos abiertos como para estrechar al género humano entero, y con los ojos alzados á lo infinito, parece contemplar la creación tal como salió en sus primeros días de la palabra creadora, cuando no habían podido afearla, no, las manchas del pecado, ni oscurecerla tampoco las sombras del error. ¡Qué

diferencia entre la colina de Nazareth, donde las gentes amenazaban á Cristo, y la montaña del Tabor, donde Cristo resplandecía transfigurado entre los profetas redivivos, los ángeles absortos, los apóstoles trémulos, entreviéndose un pliegue de la gloria realizado por la fe viva y henchido de santísimas esperanzas! Allí es donde Cristo comienza en su existencia y en su predicación á revelar el reino de Dios; y allí es donde nuestro espíritu, el humano espíritu, deja su tosca vieja larva, y toma sus alas de colores, que lo ascienden al cielo infinito é invisible. Pues bien, María no se halla en el momento de la transfiguración al lado ni en presencia de su hijo. Los evangelistas narran todos las minuciosidades más pequeñas de tal hecho, sin perdonar absolutamente rasgo ninguno. Dicen cómo quiso quedarse allí San Pedro; describen el monte iluminado, el cielo revelador, los tres discípulos predilectos designados por Jesús con el fin de que le asistiesen á una en aquel acto, el blancor tomado por sus vestidos, la transfiguración de su rostro desde lo humano á lo sobrehumano, la resurrección de Elías y Moisés en presencia del nuevo Dios, la proposición de Pedro para quedarse allí en aquel sitio, las nubes que llovían ideas y que resonaban armoniosas con místicas palabras, la voz del Eterno como animando nuevamente á la creación; y entre tantas

maravillas asombrosas, no dicen ni una palabra de María, como significando que no eran instantes aquellos para evocar el origen común de Cristo con toda la especie humana, cuando tantas y tan extraordinarias señales el Redentor traía de su carácter sobrenatural y de sus orígenes divinos.

Y, sin embargo, bien humanas son las predicaciones y en ellas aparece frecuentemente María, citada sólo en las ocasiones dichas antes. Para todos los que adoramos á Cristo hay en su predicción momentos humanos, muy humanos, pero superiores, muy superiores al Tabor. No hablemos de aquellos en que aparece como un combatiente y un tribuno, ya maldiciendo á los escribas con los fariseos, ya golpeando á los impúdicos mercaderes que habían puesto sus mesas de cambio en las avenidas y en los atrios del templo santísimo. Hay escenas dulces, tiernísimas, en las cuales tampoco aparece María. Pocas tan bellas como la referente á Jairo. Este príncipe de la Sinagoga odia, como todos los príncipes eclesiásticos aquellos, al Salvador de los hombres. Sus apóstoles, y discípulos, y creyentes le sublevan el ánimo. Aquellos esenios que se bañan al amanecer y no tienen lecho ni hogar; aquellos ebionitas ó pobres que truenan por los desiertos en tribunicias invectivas contra los poderosos y contra los ricos, parécenle revolucio-

narios merecedores de la muerte. Si lo pudiera él; si lo toleraran las amplias costumbres galileas y la libertad connatural á los desiertos; si la indiferencia romana por las predicaciones religiosas en tierras cuya religión tradicional nada tenía que ver con Roma lo hubieran permitido, Jairo destruyera todos aquellos discípulos y maestros de una secta que anatematizaba continuamente á sacerdotes, reyes, ricos, poderosos, y sólo tenía esperanzas ó alientos para los humildes y para los pobres. Mas de pronto, su hija, hermosa virgen, muere. Hanla ya endechado en elegías fúnebres las mozas convecinas suyas, cuando pasa Cristo con su palabra en los labios y sus discípulos alrededor. Entonces Jairo, comprendiendo cómo la idea nueva puede vencer hasta la muerte y resucitar hasta los muertos, vuélvese hacia Cristo y le pide la devolución de su hija. Cristo la concede, y aquella hermosa virgen se despierta del sueño eterno. No menos reveladora la parábola de Marta y María. Jesús llega y se aloja en el hogar de tan buenas mujeres. Marta, viéndose con tal huésped, ocurre á disponer la casa de manera que no pueda obsequio ninguno faltarle al joven é inspirado Nazareno. María, su hermana, hace todo lo contrario que la buena y solícita Marta. No coge una escoba, no muele su molino, comprendiendo que lo más necesario á la vida

y alma suyas en aquel momento es oír la reveladora palabra del Salvador; á sus pies recogida se asienta y lo escucha extática. Entonces Cristo, dándole á Marta las debidas gracias por su diligencia y solicitud, proclama que María, con oírle absorta, le sirvió mejor, pues se consagró á lo que había en él de superior, á su doctrina y palabra.

La más conmovedora escena de la predicación resulta para mí el encuentro con la Samaritana, y la más extraordinaria y sublime, á no dudarlo, aquel conjunto de máximas á que llamamos todavía el Sermón de la Montaña. Hablemos de todo lo relativo á samaritanos y Samaria. Enclavábase la vieja región entre las dos regiones habitadas por judíos y galileos, mereciendo los sendos implacables odios de unos y otros. Provenían tales afectos de tiempo inmemorial. Para conocerlo, para conocer la rivalidad entre Judea y Samaria, no hay más que abrir la Biblia, como para conocer la rivalidad entre Pisa y Florencia no hay más que abrir el Dante. Los profetas judíos están llenos de maldiciones á Samaria y á los pobres samaritanos. En sus cóleras patrióticas, aquellos inmortales tribunos de Judea y de los judíos no pueden perdonar al samaritano que se llevase diez tribus de las que constituían el pueblo federal israelita. Jeroboán levantó Samaria frente á Jerusalén, y le-

vantó un templo frente al templo de Salomón. Heridos por las desgracias comunes á las gentes israelitas; acosados muchas veces por los asirios de Babilonia y Nínive; cautivos como sus próximos deudos los judíos á las orillas del Éufrates y del Tigris, no supieron los samaritanos conservar el monoteísmo en toda su pureza y lo mezclaron sin escrúpulo con viejas divinidades asirias. Expuestos á invasiones los territorios aquellos de Palestina y sus anejos, encrucijada necesaria en el camino de muchas gentes, unieronlos ó separáronlos de Jerusalén según el grado y capricho de sus conquistadores. Alejandro tuvo Samaria separada por completo de Judea, y los romanos volvieron de nuevo á reunirlos; mas no unieron sus espíritus. El templo de Garicius sosteniendo su vieja rivalidad con el templo de Jehovah constituyó cismas ó herejías, más odiosos á los israelitas que las idolátricas sectas y los paganos templos. Aunque constituidos en una hermandad forzosa, odiábanse los judíos, los galileos y los samaritanos entre sí de muerte. Aquella tierra ofrecía más fácil camino entre Nazareth y Jerusalén que ninguna otra; y, sin embargo, esquivábanla todos, así judíos como nazarenos ó galileos, por no contaminarse con su espíritu herético. Transigir con un samaritano, hablar á un samaritano, equivalía en la intolerancia

judaica del Sanhedrín entonces á cometer un verdadero pecado contra el dogma. Imaginaos cómo procederían sacerdotes de hace veinte siglos, cuando nosotros los hemos tenido hace tres no más que prohibían el comercio á nuestro pueblo con los pueblos protestantes. Pues Jesús inauguró la tolerancia religiosa en su durísimo tiempo, pasando por la defendida Samaria y departiendo con los cismáticos samaritanos. Éstos no podían dar crédito á sus oídos y á sus ojos cuando consideraban un judío tan puro y santo como el Salvador en comunicación estrecha con ellos. Samaria ofreció, pues, á Jesucristo, las ocasiones más bellas y la materia más alta para extender los horizontes del humano espíritu y esclarecerlos con el divino ideal de la libertad. Entre tantas bellezas, todas sobre-humanas, como contienen las parábolas evangélicas, para mí se contarán siempre como primeras la parábola del samaritano y la parábola de la Samaritana. Iba Jesús por la vía de Jericó y encontró por casualidad un herido en el suelo. Pasa un sacerdote y no le mira; pasa otro sacerdote de categoría superior al antecedente y le huye; mas pasa un hereje, un cismático, un samaritano, y se detiene ante la desgracia, y rasga su lino para procurar-le vendas, y escancia el aceite que llevaba del mercado próximo para curar las heridas, y consuela y

acorre al desgraciado, sin acordarse de sus mutuas diferencias religiosas, mientras los otros, los correigionarios y levitas suyos le abandonan, demostrándose así que no las creencias comunes religiosas, no el mismo templo, no el mismo clero, no el mismo dogma une á los hombres, ¡ah! los une la caridad ó el amor.

Más bello todavía el apólogo de la Samaritana. Mientras los israelitas ortodoxos, como ya hemos dicho, tomaban el camino muy largo por la Perea, al ir de Jerusalén á Nazareth, Jesús tomó el camino de Samaria. Naturalmente, por las razones expuestas arriba, el judaísmo riguroso prohibía comer y beber con los samaritanos. El pan suyo estaba condenado como la carne de puerco. El agua suya sabía como á ponzoña de viborezno, pues emponzoñaba los corazones y las almas. Jesús pasó, no obstante prohibiciones fundadas en la intolerancia religiosa, por la tierra de Samaria; y no solamente pasó por la tierra de Samaria, sino que, sudoroso y fatigadísimo, se detuvo ante una cisterna, conocida en la comarca toda con el nombre de pozo de Jacob. Era el mediodía. El sol se desplomaba sobre las cabezas con ardores terribles. Metían las estruendosísimas cigarras esa fragor de sus chirridos, al cual todos los meridionales nos rendimos como á un beleño, pidiendo y necesitando la indispensable siesta. Una